

marca esta interseccion de los tiempos antiguos y de los tiempos nuevos que cantaba así Virgilio:

*Ultima Cumæi venit jam carminis aetas;
Magnus ab integro sæculorum nascitur ordo* (1).

Esta PLENITUD DE LOS TIEMPOS, donde Dios debía enviar á su Hijo hecho de la Mujer, como dice el Apóstol (2). Ella es la que encierra la era de las promesas y la que abre la de su cumplimiento, dando al mundo *Al* que fué el deseado de todas las naciones, desde el origen de las cosas, para ser el Padre del siglo futuro hasta su consumacion, punto de vista culminante de toda la historia, que la divide en dos vertientes unidas por su cima, en la mas alta de la cual presenta María hija de los Patriarcas y Madre de los cristianos, á los unos y á los otros á *Emmanuel*, á ese Dios con nosotros, á ese Rey de los siglos, cuyo advenimiento y reinado han sido y serán por siempre objeto de todas las revoluciones humanas.

María no tiene menos derecho á los homenajes de la jurisprudencia, por ser el *Espejo de esa justicia* esencial por la que mandan los legisladores lo que es justo: la *Mesa* virginal en que esa *Ley verdadera y primitiva*, de que habla Ciceron, *saliendo de la inteligencia divina*, ha venido á inscribirse á las miradas de los hombres, para llegar á ser la regla de sus juicios, el espíritu de las leyes, la base del derecho, la alta garantía y la suprema sancion de la justicia humana.

Las letras deben tambien celebrar á porfia á esta Virgen, en quien se ha espresado el pensamiento eterno, y que *ha venido á conversar con los hombres* (3); á esta Reina de los Apóstoles, de los Doctores y de los Oradores que invocan los cristianos y los Bossuet al principio de sus discursos, para que les obtenga aquel *Verbo* de que ella quedó llena, y del cual es toda su elocuencia un surtidor precioso.

Finalmente, María es la *Sede de la Sabiduría*, donde aspira

(1) VIRGILIO, Eglog. IV, vers. 4 y 5.

(2) Galat., IV, 4.

(3) Baruch., III, 38.

la filosofia, escediendo en elevacion á la ciencia de todos los filósofos, *Sophorum superascendens omnium scientiam*, como dice uno de los mas eminentes de ellos (1), posee en plenitud y produce en efusion la eterna é inaccesible luz, de que solo percibe reflejos la sabiduría humana.

Así es verdad decir, que por la gracia de la divina Maternidad, la humilde Virgen de Nazaret, *Nudo de Cristo*, *Negocio de los siglos*, *Espejo de justicia*, *Generadora del Verbo*, *Sede de la Sabiduría*, es el objeto de la razon en las ciencias, como siendo la Madre de el que es su Dios, y la dispensadora de estos tesoros de ciencia y de sabiduría de que es su abismo (2).

§. II.

María, objeto de la imaginacion y de la sensibilidad de la poesia.

I. La poesia es para lo Bello, lo que la ciencia respecto de lo Verdadero, lo que la sabiduría respecto del Bien.

Lo bello, lo verdadero y el bien, llevados á su fuente, son tres maneras de ser de Dios, cuyo carácter mas necesario es lo VERDADERO. Lo verdadero y Dios se definen del mismo modo; *Lo que es ó El que es*. Lo bello es su esplendor y el bien su aliento. Ambos se reunen en lo verdadero. En él puede verse la Trinidad, porque lo verdadero es padre de lo bello, cuya contemplacion produce el bien, como el espíritu de su amor reciproco.

Lo bello es pues el Hijo de Dios, que llama tan perfectamente San Pablo *la figura de su substancia* (3), y Salomon *el vapor de la virtud de Dios, y la efusion purisima de la claridad del Omnipotente, el resplandor de luz eterna, el espejo sin mancha de la Magestad de Dios y la imágen de su bondad* (4); espresiones con que se ha definido lo bello por sí mismo.

(1) San Anselmo, himno á la Virgen.

(2) Ad Coloss., II, 3.

(3) Ad Hæbr., I, 3.

(4) Sap., VII, 25, 26.

mo en términos dignos de él, y que encontró felizmente Platon cuando llamó á lo bello, como nosotros : el *splendor* de lo *verdadero*—*splendor Patris* (1).

Por consiguiente, lo bello es *inmaterial*, como lo verdadero y el bien. Las bellezas sensibles de la naturaleza ó del arte, bajo los cuales nos afecta en el mundo, se derivan de El, no en cuanto que son *sensibles*, sino en cuanto que son *bellas*. El brilla en ellas como el alma en el cuerpo, como la idea en la espresion, dándola su belleza y recibiendo su manifestacion para transmitirla al alma. ¿Cómo se opera esta alianza de la belleza inmaterial y de sus formas sensibles, y cómo es necesaria la mediacion de estas para esta transmision, cuyo principio y término (lo bello y el alma) son no obstante inateriales? Esto solo es un caso particular de este misterio de la union de la materia y del espíritu, de que somos nosotros mismos espectáculo mas cierto y mas inesplicable. Siempre sucederá que lo bello es distinto de sus formas. Subsiste en sí mismo, en Dios, inmaterial, sin forma, y tanto mas él mismo, tanto mas Bello.

En este estado, lo Bello es el Verbo de Dios, su efusion y su poesía. Es la poesía misma, la que Dios se canta á sí mismo, en la plenitud de sus perfecciones, y en *quien pone todas sus complacencias* (2).

El mismo Bello, el mismo Verbo, poesía de Dios en la eternidad, es el poeta de la creacion en el tiempo, el grande Artista, y como le llamaba aun Platon, el *eterno Arquitecto*. El mundo es su poema. Todas las criaturas, en la infinita variedad de sus cualidades, de sus aspectos, de sus contrastes, de sus armonías, de sus espresiones, de sus efectos; los cielos, la tierra, los mares; toda esta poesía de la naturaleza, cuyo espectáculo, incesantemente diversificado y renovado, afecta el alma con tantas impresiones profundas, es como el instrumento sobre el cual traduce visiblemente el Verbo de Dios sus perfecciones invisibles: *Fide intelligimus apta-*

(1) Letanías del Santo nombre de San Juan.

(2) Math., III, 17.;

ta esse sæcula Verbo Dei, ut ex invisibilibus visibilia fierent (1).

El Verbo, Bello infinito, es pues el ideal, la fuente de lo Bello finito y de toda poesía creada; desde luego, de la creacion que es su propia poesía; despues, por derivacion, de nuestras poesías, que son nuestra creacion.

En efecto, la poesía humana, ya se espresese por medio del lenguaje ó de la música, ó por la plástica, no es otra cosa que Dios bajo el aspecto de lo bello, segun se vé, siente y percibe en el universo ó en la conciencia, para ser interpretado y manifestado en las obras de nuestra creacion.

La poesía no tiene ni aun necesidad de ser espresada para existir. Nace y se despierta dentro de nosotros mismos, lo mas frecuentemente, para abrevarnos con sus delicias, sin salir de allí, ó mas bien pasa de Dios á nosotros por las maravillas de la naturaleza, así como pasa del poeta á nosotros por las maravillas del arte. La poesía que nos hace experimentar la Iliada, nos la hace experimentar la grande Iliada de la creacion; con la diferencia de que nos toca á nosotros despegarla, y en esto somos poetas por nuestra propia cuenta, si puedo decirlo así, y en lo interior. Poesía inefable y reservatorio de toda la demás poesía, en cuanto que está mas inmediata á la fuente, mas frente á frente de lo Bello.

¿Qué será pues cuando se levante el velo de la misma naturaleza que nos la oculta aun espresándola, y cuando, libre nuestra alma de los sentidos que la sujetan á este modo de

(1) Ad Hebr., XI, 3. Las perfecciones de Dios son las de nuestras almas y de toda la naturaleza, dice Leibnitz; pero El las posee sin límites; es un Océano de que no hemos recibido mas que algunas gotas; hay en nosotros cierta potestad, ciertos conocimientos, cierta bondad, pero ellas están enteras en Dios. El orden, las proporciones, la armonía que nos encantan, la pintura y la música, son muestras de ello. Dios es todo orden, y guarda toda la exactitud de las proporciones; constituye la armonía universal, y toda la belleza es una dilatacion de sus rayos. (Teodicea, prólogo.)

comunicacion, *entre en las Potestades de lo Bello*, y no lo vea ya en *Espejo y enigma*, sino *tal como es* (1)?

Tal es el presentimiento que nos dá de lo bello el Cristianismo. Supera á todo cuanto se habia concebido sobre la conciencia humana. «Los ojos no vieron nunca, los oidos no oyeron jamás, el corazon del hombre jamás experimentó lo que preparó Dios para los que le aman (2) cuando les abreve con el torrente de su deleite (3), cuando sean saciados con la aparicion de su gloria (4).

El Paganismo estaba lejos de tener tal concepto de lo Bello, su bello era un hecho infinito y humano. Dios no era para él mas que el hombre embellecido. Satisfecho en esta concepcion, el arte concentraba en ella la perfeccion y la llevaba á su colmo. Pero nada le solicitaba á traspasar los límites de la belleza puramente humana. La poesia se hallaba aprisionada en la naturaleza bajo todas estas manifestaciones. Tenia un sentimiento esquisito de ella, que traducida con tanto mas gusto, cuanto que no venia á turbar su encanto ningun ideal sobrenatural. Sacaba de él todo sonido maravilloso, y por religiosa que fuera á veces en la pintura de las pasiones, en pugna con la conciencia y con la justicia, no representaba el drama del destino humano sino entre la cuna y el sepulcro, y no tenia eco ni resonaba á lo mas sino en la posteridad. El infierno era un mito. El cielo, patria de lo Bello, estaba cerrado á sus concepciones (5).

(1) I, Corinth., XII, 12.

(2) I, Corinth., II, 9.

(3) Torrente voluptatis tuæ potabis eos. Salmo XXXV, 9.

(4) Satiaborem aparuerit gloria tua. Salm. XVI, 15.

(5) Há tiempo que se ha formado el proceso á la antigüedad, bajo este concepto, por el Espiritu de Dios mismo. «Todos los hombres, se dice en el libro de la *Sabiduria*, que no tienen conocimiento de Dios, no son mas que vanidad; no han podido comprender por los bienes visibles al Sér Supremo; y en la atencion que han dado á sus obras, lo han admirado todo, escepto la mano que las ha formado. Y si la belleza que les ha seducido es tal que han tomado estas criaturas por dioses, que se figuren, pues,

II. Este cielo se ha abierto al alma humana, haciéndola entrever este Bello infinito y esencial que no sospechaba, por decirlo así, y que vino á afectarle con su ideal. De aquí toda una revolucion en el sentimiento poético, una aspiracion ardiente hácia este bello celestial, una tristeza y una melancolía indecible en medio de todas las formas efimeras, bajo las cuales nos afecta en el mundo, y cuya influencia y fuga nos llenan de sufrimientos, cuando no nos reconducen á su tipo y su autor.

Esta revolucion se ha verificado, no solamente por la nocion de este Bello, sino principalmente por su atractivo natural ó su *gracia*; por la union del alma con El, por el contacto del corazon con su perfeccion adorable, por ese enagenamiento que hace lanzar á San Agustin este grito de la humanidad regenerada: «Belleza siempre antigua y siempre nueva, ¡cuán tarde te he conocido! ¡cuán tarde te he amado!»

La belleza en el órden natural obra sobre nosotros por la gracia, por ese atractivo victorioso que gana los corazones y que es la seducccion de la belleza:

Y la gracia, mas hermosa
Que lo es la misma belleza.

La belleza divina tiene tambien su *gracia*, á que nada resiste. Solamente, que en lugar de que la gracia de la belleza creada obra sobre nosotros por medio de los sentidos, y por un imperio natural sobre nuestra alma, la gracia de la belleza divina obra espiritual y sobrenaturalmente. Pero su efecto es el mismo; es un *atractivo*; y de tal manera, que la gracia divina ha tomado á los encantos del amor humano, purificándolos, sus alegorías y espresiones, en su *Cántico de los cánticos* (1).

cuánto mas bello debe ser Aquel que las domina. Porque es el Autor de su belleza, quien la ha dado á todas estas cosas. (*Sabiduria*, cap. XIII, 1-3.)

(1) La palabra *gracia* tiene la misma etimología, en el sentido religioso, que en el sentido humano (*χάρις*), de donde la bella palabra *Eucaristia*.

Sin embargo, la gracia divina no obra así sino por la virtud de un misterio sensible, que es su foco, en medio de nosotros. Lo bello mismo, tal como lo hemos definido, ha venido á este mundo que El había hecho y que no conocia ya, y se ha hecho visible lo Ideal. *Siendo por naturaleza Dios, ha tomado la forma del hombre*, dice San Pablo (1). «El es, había dicho un Profeta, quien ha puesto firme la tierra y la ha poblado de animales; El quien despide la luz, y ella parte; quien la llama, y viene; y al lado del cual nada subsiste, si se le compara con lo que El es... *Después de esto, ha sido visto en la tierra, y ha conversado con los hombres* (2).»

«Lo Bello esencial, como objeto del arte, ha dicho un genio que ha caído de la altura de este misterio, es Cristo, en quien existe lo ideal en su grado mas alto. ¿Qué es, en efecto, Cristo? El Verbo hecho *carne*, el Dios-hombre, el sér en quien ha coronado el amor sustancial la union de lo finito é infinito, y al cual anima, como anima á Dios mismo. El Verbo descendió hasta la humanidad, la humanidad se elevó hasta el Verbo. Bajo esta forma sensible, espresion de nuestra naturaleza, resplandece su forma increada, inaccesible á los sentidos, en quien se contempla el Sér Supremo, y por la cual El se reconoce. En ella están el Creador y la creacion á la vez distintos y uno, aquel incorporado en su obra, esta espiritualizada en su ejemplar eterno. Es pues lo Bello completo, lo bello en sus relaciones con lo Verdadero y con el Bien (3).»

De aquí, dos caracteres de lo bello cristiano que no conocia la antigüedad, lo infinito y el amor. Cristo es infinito en perfeccion; es mas que lo bello de Platon, puesto que es idéntico á Dios, que Platon no concebía como nosotros bajo la noción infinita de *Creador*. El mismo Cristo es *amor*, manifestado personalmente á la tierra, para encenderse El mismo en los corazones; es Dios sensible al corazón, y no solamente á la inteligencia como el Dios de Platon. La antigüedad no tenía el sentimiento de lo infinito, que ha llegado á ser á veces

(1) Philip., II, 6.

(2) Baruch, III, 32-38.

(3) LAMENNAIS, *Ensayo de una filosofía*, tom. III, pág. 130.

un tormento entre nosotros (1). Ignoraba igualmente el sentimiento del amor divino. Lo Bello no era objeto de ningun amor personal, y dejaba el corazón presa de todas las idolatrías de sus obras y de sus copias. Lo Bello divino en el Cristianismo, se hace amar como un hombre con la infinidad de Dios.

Manifestándose bajo el velo de la humanidad, lo Bello, es cierto, se ocultaba aun, se sepultaba aun en el horror y la ignominia de la Cruz, hasta hacer que se dijera de él: *lo hemos visto, y no tenía gracia ni belleza* (2); y hasta decir de sí mismo: *Soy un gusano, y no un hombre* (3). Pero cuanto mas se ocultaba de esta suerte, mas se sacrificaba y se daba; y mas, dándose y sacrificándose, revelaba su *belleza* suprema, que es la del amor, mas nos purificaba con la participacion de este sacrificio, y libertándonos del engañoso encanto de las criaturas, nos preparaba á su vision (4).

Así, debía llevar mas lejos aun este misterio de amor,

(1) Quisiera atenerme á la sabiduría antigua, que hizo del sábio Epicuro un semi-Dios..... pero no puedo, y lo infinito me atormenta á pesar mio. ALFREDO DE MISSET.

(2) Isaías, LV, 2.

(3) Salmo XXI, 7.

(4) Si se contempla la misericordia que le redujo á tal estado, parecerá bello: *Si consideres misericordiam quæ factus est, et ibi pulcher est*, dice San Agustin; bello en el seno de la Virgen, donde sin despojar la divinidad, se revistió con la humanidad; bello en su estado de niño naciente, puesto que cuando se hallaba en tal estado, que mamaba del seno de la Virgen y era llevado en sus manos, hablaron los cielos, le glorificaron los Angeles, dirigió la estrella hácia él á los Magos, y los vió prosternados en el pesebre. Siempre aparece, pues, hermoso: bello en el cielo; bello en la tierra; bello en el seno maternal y en los brazos de María; bello en sus milagros; bello en su flagelacion; bello en la Cruz; bello en el sepulcro; bello en su resurreccion. No engañe, pues, la flaqueza de la carne vuestros ojos sobre el brillo de su belleza, porque como la verdadera y suprema belleza es la justicia, cuanto mas justo os parezca, mas bello debe pareceros. *Enarrat in PS. XLIV, 3.*

haciendo de él nuestro alimento, bajo la forma del pan y del vino, que lo ostenta cuanto mas lo oculta, y donde se hace sentir tanto mas, cuanto que no se deja ver. En este colmo de aniquilamiento, pero de amor, poseemos, recibimos lo Bello, idéntico al Bien y á lo Verdadero por esencia, idéntico á Dios, lo *Bello* de Dios. Esto es lo que vió y anunció el Profeta. ¿Cuál es lo Bueno de Dios, decia, y cuál es su *Bello*, sino es el trigo de los escogidos y el vino que hace germinar las vírgenes? *Quid enim Bonum ejus est et quid Pulchrum, ejus nisi fresmentum electorum et vinum germinans virgines* (1).

III. Esta *Presencia Real* de lo bello en el Catolicismo, es en él un recurso de poesía, así como de luz y de santidad. Porque son en nosotros sus *efectos*, por su *gracia*, tan *Reales* como su presencia.—Quien conoce la poesía, quien ha experimentado sus irresistibles suavidades en las emociones de la naturaleza y del arte, la reconoce en esta ambrosia del amor divino que se llama *Uncion*, y que saborea el alma, unida á lo *Bello eucarístico*; en el misterio de su comunión.... Inútilmente diria mas; porque como hablo de efecto sobrenatural, los que no lo han experimentado, no podrian comprenderlo, y no puedo hacer mas que disminuirlo para los que lo han gustado.

Solamente diré, lo que relumbra, lo que respira en la actitud, en la mirada, en las palabras, en todos los movimientos y todos los actos del alma, al salir de este *banquete* á que ha asistido con lo *Bello infinito*, es la santidad del Bien, el esplendor de lo Verdadero, el encanto de lo Bello, la Trinidad de las gracias celestiales en la unidad del amor divino; es la *Eucaristia*, en una palabra, que fulgura y se aparece sobre todo cuanto la rodea, que embellece, que *poetiza* todas las cosas, hasta las mas vulgares y viles, sin necesitar ella misma que se la poetice, pues se basta plenamente, ó por mejor decir, obra en razon del despego de las cosas creadas, tan *Real*, sobrenatural y divino es el fondo. Este es el tesoro inagotable del Catolicismo. La poesía *vive en él de realidad*, así como en todo lo demás *vive de ficción*.

(1) Zacarias, IX, 17.

De aquí una cosa muy notable: En la poesía litúrgica, y en todo lo que se refiere mas próximamente á la espresion de nuestros misterios, deja algo que desear la forma, si se la considera en sí misma, aislándola del fondo. Y no obstante, el efecto que produce es, para los que la consideran con el fondo, todo cuanto hay mas conmovedor y mas suave. Esto consiste en que resalta en ella el fondo superiormente, es que brilla y se ostenta en la indigencia de la forma, es que la poesía misma es en él su esencia, pudiendo decirse de ella como de la gracia de Zaira:

Para tí no se hizo el arte,
Porque no lo necesitas.

Es lo inverso de la poesía humana. Quítese á esta la forma, ¿y qué es lo que queda por lo comun? Nada, ó casi nada. De aquí la mala suerte de todas las traducciones de poesía. Mas en la poesía litúrgica es todo lo contrario, se salva por el fondo, por el sentimiento, de tal suerte, que es en ella un arte el olvido del arte, y que bajo este concepto los himnos incorrectos del oficio del Santísimo Sacramento, compuestos por Santo Tomás, son de un efecto mas grande y conmovedor que las odas clásicas de Santeuil.

De aquí tambien, ¡cosa admirable! esta Religion, que tomada en la espresion mas inmediata de sus misterios, no exige arte, produce el arte en su mayor altura; la arquitectura, la pintura, la música, la elocuencia y todas sus maravillas; inspira y alimenta todas las artes; pero como soberano que no necesita de ellas, y que se presta á esto con la gracia de la condescendencia, porque lleva en sí al Rey del arte, lo Bello infinito de que es hija, y que en medio de todas sus pompas, se dice con verdad de ella:

«Toda la gloria de esta hija del Rey le proviene de adentro, en medio de las franjas de oro y de los diversos ornamentos de que se halla rodeada (1).»

(1) Omnes gloria ejus filix Regis ab intus, in fimbriis aureis, circumamicta varietatibus, PS. XLIV, 15.

Toda la poesía de la Religión le proviene también de adentro, *ab intus*, de sus tabernáculos, donde reside su Rey bajo la forma menos poética, porque es la esencia misma de la poesía, y que puede también aplicársele esta otra expresión del Profeta: «Exhálase de vuestros vestidos y de vuestros tabernáculos de marfil un perfume de mirra, de canela y de aloes (1).»

Todo el Cristianismo está penetrado de este perfume, de este aroma de lo Bello que sale de lo Verdadero y de lo Bueno, reproduciéndose en el alma de sus discípulos y realizando en ella la suprema poesía, la poesía de la santidad.

Este aroma es la gracia, cuyo efecto es transfigurar al alma cristiana en Cristo, es decir, en lo Bello.—Esta operación, no obstante, por admirables que sean sus efectos y sus productos en la belleza moral de los Santos, que brilla en sus rasgos y en su vida, no aparece en el mundo sino en trabajo y en prueba. De aquí este carácter indecible de padecimiento, de tristeza, de melancolía meditativa que vela aun lo Bello sobrenatural en la tierra; pero que al velarlo, lo embellece con la gracia más conmovedora que hay en el mundo; la gracia del sacrificio en amor. Esta es la gran fuente de la poesía en general, aun entre los antiguos, porque el *alma es naturalmente cristiana* (2); pero que ha sido llevada á su colmo

(1) Myrrha et gutta, et casia a vestimentis tuis a dominus eburneis. PS. XLIV, 9.

(2) La melancolía es el manantial de toda poesía, de toda filosofía, de todo arte. No es otra cosa que el amor y el sentimiento de lo divino, la tristeza de que sean pasajeras las cosas movibles, perecederas, mezcladas de mal y de bien, de que nada sea subsistente; es un retroceso sobre nosotros mismos, una aspiración de este mundo imperfecto á la perfección suprema; de este mundo dependiente á la independencia soberana; de esta vida dispersada á la vida llena é idéntica en sí misma. He aquí lo que es la melancolía. En este sentido, pocos grandes hombres ha habido sin melancolía; y en efecto, he aquí el fondo de lo que llamaríamos comunmente con este nombre; la fuga del tiempo, el pesar de lo pasado, las aspiraciones hácia un porvenir mejor. Hay pues una melancolía sana y verdadera. Su abuso

en el Cristianismo, por haber encontrado su verdadero objeto: puesto que lo Bello infinito se ha dado á conocer por el alma humana, elevándola por medio del doble padecimiento del desprendimiento y de la aspiración á su visión y á su posesión en la *gloria*.

IV. Esta poesía no es solamente una poesía de presentimiento, sino también, y de un modo superior, una poesía de acción, una poesía *dramática*. El alma del cristiano es un teatro de combates y de sacrificios, donde se agita el destino humano entre las seducciones de la naturaleza y los atractivos de la gracia; donde se balancea entre los abismos eternos de tinieblas ó de gloria, de condenación ó de salvación. Estos son como los dos polos de la poesía dramática, sobre que giran todas sus emociones, y que han sido llevados á lo infinito por el Cristianismo. En ellos es á un tiempo mismo el fuego de las pasiones más intenso, y se despliega mayormente; es lo infinito en el bien y en el mal, en lo bello ó lo feo, en lo verdadero ó lo falso, en lo feliz ó lo desdichado; es, en una palabra, el cielo, el infierno, Cristo y Satanás, con toda su repulsión recíproca, concentrados en el alma humana, haciendo en ella como explosión hácia uno ú otro destino.

Y el destino individual del cristiano es el destino de la humanidad y de toda la creación. El Cristianismo es una inmensa epopeya que todo lo comprende: á Dios, con todos sus atributos y todas sus perfecciones; á la criatura, con todos los dones que recibió de él, el uso que de ellos hace y los destinos que se prepara; á Cristo, en atención al cual se ordenan, separan y consuman estos destinos. Tales son los datos y los personajes de este gran drama, que comienza en las profundidades de la eternidad por la generación eterna del Verbo;

está en que no sirva para hacernos pasar de este mundo al mundo superior, sino que se encierre y consuma en un vano círculo de pesares estériles, sin elevarnos de este tiempo fugitivo á la eternidad.—*Fragments sobre el arte y la filosofía*, por ALFREDO TONNELLE. Véase también las bellas páginas que ha escrito Balmes sobre este asunto.